

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN EL SEPELIO DEL DECA-
NO DE LA FACULTAD NACIONAL DE MEDICINA PROFE-
SOR MARCO A. IRIARTE

Prof. Juan Pablo Llinás.

Señor Ministro de Educación Nacional, señor Rector de la Universidad, señor Decano de la Facultad de Medicina, señoras y señores:

El señor Rector y el Consejo Directivo de la Universidad Nacional, el señor Decano y el Consejo de la Facultad de Medicina y el Instituto Nacional de Radium, me han dado la honrosa, a la vez que dolorosa comisión, de llevar la vocería de esas ilustres entidades en este luctuoso acontecimiento.

Quienes tenemos el honor y sentimos el orgullo de haber sido discípulos del profesor Iriarte, quienes pudimos participar de los privilegios de su amistad, y quienes nos formamos en la escuela de Marco A. Iriarte, sabemos que su obra pasará a la posteridad y que el tiempo, inexorable tamiz por cuyas mallas se van escurriendo rápidamente los falsos prestigios y las almas mediocres, conservará la memoria de este grande, ilustre y venerado galeno.

Iriarte, como la mayoría de nuestros catedráticos fue muy esquivo a la publicidad tipográfica de sus enseñanzas. Quizá pensó que vale más que muchos volúmenes la formación de una escuela, la creación de un tipo de médico calcado a imagen y semejanza del maestro.

Algo análogo aconteció con Paul Lescene, el célebre Profesor francés de patología quirúrgica, a quien, después de muchos años de investigación y de estudio, sorprendió la muerte sin haber publicado la obra que condensara el fruto de sus desvelos y de sus interesantes observaciones. Como alguno de sus discípulos le preguntara, ya en las postrimerías de su existencia, al llegar una tarde a su pequeño y destartalado Laboratorio, en dónde guardaba los documentos contentativos de su sabiduría y de su experiencia, Lescene contestó: "No necesito escribir; cuánto sé, os lo he enseñado y demostrado; mis documentos de más alto valor son mis discípulos"; y así lo demostraron más tarde Moulounguet, Dobkevitch, Gaudart D'Allaines, Wolfrohm y otros más al escribir los célebres

diagnósticos clínicos de Lescene; que nunca escribiera el Maestro.

Iriarte, que hubiera podido contestar lo mismo, no sólo deja discípulos que son orgullo de la ciencia pediátrica sino que por una innegable influencia cromozónica tuvo la profunda satisfacción de verse reemplazado lujosamente por su hijo, el profesor Eduardo Iriarte, quien ya ha demostrado que el ancestro médico en él es una realidad y que será digno continuador de la obra de su padre.

Nació Iriarte el 29 de diciembre de 1876 en las cálidas y soleadas tierras del Tolima: en el Chaparral de Murillo Toro y de Echandía. Tierra maravillosa y ubérrima que le ha dado a la República preclaros talentos y prestigiosos conductores.

Qué extraño parece a muchos y con qué escepticismo miran otros esta influencia innegable y admirable de la tierra nativa a cuyo amparo se gravan en los impolutos cerebros las primeras sensaciones de la vida.

Esta acción del clima, del medio ambiente, lo mismo que ciertas impresiones de naturaleza psíquica, ciertas costumbres y aun ciertos frutos de la experiencia, obran, según las interesantes observaciones de Einer y de Ricard Sénon, de tal manera sobre las células germinales que esas impresiones aparecen en los descendientes bajo la forma de nuevas facultades innatas o instintivas; son los célebres hábitos psíquicos hereditarios de Haeckel.

Desmenuzando esta bella teoría con el frío e implacable análisis de histólogo no resulta absurda; más aun, parece como el subtractum material que permite descender de la divagación intangible a la comprobación palpable.

Si es verdad que la sustancia hereditaria o idioplasma es diferente del resto de la materia viviente o trofoplasma, también es cierto que aquélla ejerce sobre ésta y por consiguiente sobre el organismo entero una virtualidad preponderante y decisiva. Hugo de Vries describió razonadamente la existencia de pequeñísimas unidades vitales o pangenas que, procedentes del núcleo, ingresarían y actuarían sobre el citoplasma, esa zona inescrutable que encierra el misterioso enigma de la vida.

A la edad de 25 años Iriarte se doctoró en medicina e inició la apostólica misión que prolongó por 41 años. Ocho lustros de pacientes investigaciones y trabajos; ocho lustros consagrados al estudio de las enfermedades de la infancia en todos sus aspectos, porque Iriarte fue el Lombana Barreneche de la pediatría colombiana.

Maravillosa rama de la medicina es la pediatría porque allí se aprecian esplendorosamente los misteriosos fenómenos de la vida en formación; en donde mejor puede conocerse el efecto benéfico o perjudicial de un tratamiento; en donde no cabe sugestión, ni persuasión; en donde no hay ni siquiera fe porque para tenerla es

necesario haber sufrido y haber gozado el deleite de lo que parecía ineluctable.

En alguna ocasión, en que la madre de un pequeñuelo a quien Iriarte salvó la vida le dijera: "qué bella, qué admirable, pero qué difícil es su especialidad", él le contestó: "Todo eso es verdad, sólo que es más trabajoso recetar a los adultos. No ve usted que los niños no mienten, ni exageran, ni fingen, ni modifican sus sensaciones con la presencia o la ausencia de quienes les desagradan o les interesan. Yo amo a los niños porque no me engañan" y estas frases del Maestro son toda una filosofía.

Su figura estilizada y magra traía a la mente la de Alonso de Quijano y, como el andante caballero, también dedicó su vida a deshacer agravios, enderezar entuertos y enmendar sinrazones.

Noble, generoso y compasivo con los pobres laboró incansablemente por ellos y desde la Junta General de Beneficencia, que presidió en cuatro períodos, contribuyó a la realización de vastos y atrevidos planes para aliviar las miserias de la invalidez desamparada.

El día Panamericano de la salud el excelentísimo señor presidente de la República, doctor Eduardo Santos, en nombre de la Nación, colocó sobre el pecho de Iriarte el emblema de la Patria, La Cruz de Boyacá, no como favor o simpatía, sino como justo reconocimiento de sus imponderables méritos y de su patriotismo sin declinaciones.

Era el tipo del médico francés, sin petulancia agresiva ni calculadora. Por el contrario, su sencillez campechana contrastaba con lo sólido y lo profundo de su saber.

Clínico sagaz y avisado como pocos, descubría la entidad patológica en el menor signo, en el más pequeño detalle o en la observación al parecer inocua que suelen hacer las madres cuando relatan bien o mal, pero siempre bellamente, las dolencias de sus pequeños.

Aprestigió la clínica con sus científicos diagnósticos: y si bien es verdad que inculcó en sus discípulos el espíritu de investigación sobre el enfermo mismo y que quiso modelarlos en las duras bregas del análisis clínico inductivo, también es cierto que conocía, aprovechaba y sacaba valiosos frutos del laboratorio. Era sorprendente oírlo disertar sobre los más recientes y modernos métodos de examen, como sobre los últimos descubrimientos de la terapéutica.

Durante 35 años ejerció el magisterio en nuestra Facultad Nacional de Medicina; primero, en la cátedra de Terapéutica y después en la Clínica Infantil. Decano de la Facultad y Decano de nuestro Profesorado.

Cuánta sencillez; qué admirable llaneza aun para las más altas concepciones y los más abstrusos problemas; qué espléndida disertación sin cambiar siquiera el tono de su voz, en campos al

parecer extraños a su especialidad. Nítidamente recuerdo una charla sobre el sueño y hasta los detalles del escenario en donde ocurrió.

Un niño había trabado una de esas violentas luchas con la muerte y, sabiendo que aquélla tierna vida se hallaba en el umbral de la eternidad, nos acercamos a la cuna del párvulo para indagar su estado patológico. Después de todo un día de gemidos, convulsiones y gritos continuos, a los pocos instantes se tranquilizó y se durmió profundamente.

Largo rato, en uno de esos silencios en que la psiquis y la conciencia parecen remontarse hasta el infinito, quizá con la esperanza de tener a Dios más cerca, permanecemos junto al lecho del niño y, luego, muy quedamente, tomándome por el brazo e indicándome que guardara silencio me llevó a una habitación vecina y, con esa sonrisa de bondad, signo precursor de que la tormenta se alejaba, signo que cuando asomaba a sus labios era para las madres angustiadas la luminaria de la dulce esperanza, sin solmenidad ni presunción, como un destacado biólogo, me fue hablando del fenómeno del sueño y de su influencia sobre las complejidades de la vida orgánica y de la vida psíquica. Modestamente, sencillamente, como quien conversa por compartir y recordar y no como quien platica por discurrir y ostentar, iba desenvolviendo las teorías de la obra fundamental de Pieron, los trabajos de investigación de Binet y de Dautrebanda, de Levy y de Malterre.

Me decía: "A medida que nos vamos acercando a la tumba vamos durmiendo menos y nos vamos intoxicando más. El recién nacido duerme 21 de las 24 horas del día, y los adultos, como Bonaparte, que solamente duermen 3 ó 4 horas al amanecer, son casos de excepción".

Hablamos de la Hypnotoxina puesta de manifiesto, por Marie de Manacene, en los perros sometidos a vigilia hasta llevarlos a la muerte. De cómo al inyectar a perros sanos el líquido cefalorraquídeo de esos animales intoxicados por el insomnio se ven aparecer los mismos fenómenos y hasta la misma muerte con idénticas lesiones histológicas localizadas en la zona anterior del lóbulo frontal. "Cuando nos dormimos, me decía, nos vamos de cabeza; por eso instintivamente nos llevamos la mano a la frente cuando estamos vencidos por el sueño".

Esos conceptos parecen los más aceptables. Las disquisiciones metafísicas o psiquiátras son devaneos de la imaginación y otras, como las psicoanalistas de Ferenczi y Freud, que ven en el sueño un simple y natural retorno a las complacencias embrionarias por la reposada vida intra-uterina, parecen más bien ingeniosidades extravagantes.

Iriarte en los últimos tiempos de su vida, cuando hubiera po-

dido pasar en el campo las siestas del verano y los serenos del invierno; cuando hubiera podido acordarse que ya "estaba duro el alcacer para zampoñas"; hacía vibrar su espíritu acerado y saltar chispas al yunque de su vida, para cumplir sus deberes Universitarios, como no lo hiciera un mozo de 20 años.

Al volar vuestro espíritu hacia la eternidad, ¡oh Maestro ilustre! me parece escuchar en el más allá los coros de los ángeles, los coros de esas dulces vocesitas que no mienten, los coros de los niños que hoy están de fiesta en el cielo y que con sus manecitas trémulas mantienen desplegadas las áureas puertas por donde ha de pasar sonriente y cariñoso el viejo amigo de siempre.

Prof. Luis Patiño-Camargo.

Señores:

Hace unos años en sesión memorable, la Academia Nacional de Medicina ofrecía al Profesor Marco A. Iriarte por virtud de sus méritos eximios y de sus eminentes trabajos médicos, el sillón vacante de su amigo el Profesor Julio Manrique. Correspondíome aquella noche el grato encargo de escribir la proposición reglamentaria con que la Academia rendía justo homenaje al hombre de ciencia. Y tócame ahora, por mandato del honorable Presidente, la misión amarga y dolorosa de decirle el último adiós en nombre de la misma Academia.

Emoción profunda embarga y acongoja mi espíritu: estuve en íntimo contacto, casi diario, con el Profesor Iriarte en las faenas de jurado de tesis por los años postreros de su meritoria vida y así pude valorar su infinito mérito. Filial cariño, aprecio sincerísimo, respeto, admiración profunda, fueron el fruto de esos años pasados bajo su dirección.

Fue el Decano discípulo del Profesor Lombana, y como él, sagaz clínico de ojo certero, cuyos diagnósticos dilataron su nombre por los ámbitos patrios y le atrajeron caudalosa clientela, fervorosa y agradecida. Graduado en 1902, ejerció la medicina como la mayoría de nuestros grandes clínicos, apostólicamente, primero en las pequeñas poblaciones y en los medios rurales. Estudió luego varios años en las universidades europeas y vino a la capital a transmitir a las juventudes universitarias el caudal de su ciencia y de su dilatadísima experiencia clínica. Por 35 años enseñó. Era el más antiguo de los Profesores. Leyó las cátedras de fisiología, terapéutica y patología en la Facultad de Medicina y en la Escuela Dental. Sus lecciones de clínica pediátrica, en el hospital infantil de La Misericordia, eran regalo del espíritu: la amenidad de la exposición, la

agudeza de los exámenes, la precisión y la claridad, la agilidad y la gracia de las respuestas, hacían de su clase una de las más gratas en la carrera estudiantil.

Sirvió largos años a la Beneficencia como presidente, por cuatro períodos de la Junta General, meritísima institución creadora de obras monumentales de asistencia pública como los asilos de Sibaté y la hipocrópolis de San Juan de Dios.

Fundó un hogar perfecto con una dulce, bella y gentilísima compañera, hogar donde florecen y se acendran en los hijos las virtudes excelsas de los progenitores.

La República por mano del Excelentísimo Presidente Santos, colocó sobre su pecho esclarecido, en solemne ceremonia el Día Panamericano de la Salud, la Cruz de Boyacá, supremo galardón que la patria otorga a sus grandes servidores.

Hijo de esa legendaria Chaparral, ciudad fecunda, genitora de hombres ilustres, sirvió a Colombia con ejemplar devoción; adoc-trinó muchas generaciones médicas; con sus labores de campo creó riqueza pública y ayudó al bienestar de los labriegos; por derecho propio empuñó con mano inteligente y certera la dirección de la Facultad de Medicina y con su dón de gentes, su cautivadora simpatía y su profundo conocimiento del corazón humano, gobernó la Facultad por largos años sin el menor tropiezo. Médico de los niños, su bondad infinita se recuerda en los hogares bogotanos donde alivió dolores, salvó preciosas vidas y en donde su recuerdo habrá de perdurar luminosamente grabado en muchos corazones.

Que la paz de Dios baje sobre su tumba y véle su reposo.

Doctor Roberto Serpa.

Señoras, señores:

Vengo con el corazón oprimido y el alma triste y doliente a decir adiós, en nombre del Club Médico, al doctor Marco A. Iriarte, al caballero y al sabio que pasó por la vida recta e impecable, como pasa por la nube tormentosa el rayo, dejando iluminado el firmamento.

El afán de la partida, la tristeza del olvido, el silencio de la muerte, el frío penetrante de la tumba, todo lo que es amargura y dolor se conjuga aquí, ante esta caja severa que guarda los restos mortales del señor y del amigo.

El recuerdo del profesor de Pediatría vive en mi corazón entre los más gratos recuerdos de mi juventud y el cariño al compañero del Club, gentil y amable, es ahora un vacío inllenable para todos los médicos que cansados de las labores diarias vamos, entre

colegas y amigos, a buscar descanso para la fatiga corporal, paz para el espíritu conturbado por los problemas de la salud y la vida que se nos confían y sabios consejos y enseñanzas útiles para llenar las deficiencias de nuestros conocimientos.

Amigo irreparable, gentil y noble, franco y bueno: con profunda y sincera emoción, se despiden de ti, tus compañeros del Club, tus discípulos de siempre.

He dicho,

Roberto Serpa

Señor Carlos A. Vargas R.

Señor Ministro de Educación, señor Rector, señor Decano, señoras, señores:

En ninguna ocasión como en la presente es tan doloroso para quien hasta hoy ejerce el cargo de Presidente del Consejo estudiantil de la Facultad de Medicina, cumplir con el deber de llevar la vocería del estudiantado para dar su despedida al varón insigne, al hombre ecuaníme y sereno que hasta ayer ocupaba el cargo de Profesor Decano de nuestra Facultad.

El elogio del hombre y del ciudadano, del científico y del profesor, del apóstol de su profesión, lo hicieron ya, con lujo de expresión, los que me antecedieron en el uso de la palabra. A mí me corresponde, como vocero de los estudiantes, evocar la recia personalidad, la austera pero siempre benévola figura del Decano que durante dos años gobernó nuestra cara Facultad, y cuya presencia al frente de ella dejó huella imperecedera en su historia gloriosa.

Y tengo que recordar cómo cuando arribó al comando de Medicina recibía la Facultad inmediatamente después de una de esas crisis que sólo hace posibles y triunfantes el incontenible empuje juvenil. El primer golpe de timón que él le imprimiera orientó la nave y la dispuso para que marchara ya seguramente por rutas despejadas.

Y contemplarlo más tarde dedicado de lleno, sin un momento de tregua, a sus actividades de Decano, cuando nuestros ojos lo vieron abandonar el recinto del Decanato, muy pasado el medio día, y siempre sonriente y satisfecho porque comprendía que se estaba sacrificando, sí, pero en beneficio de la Facultad y de sus estudiantes. Díganlo si no el aumento del número de Internos de los Hospitales que él logró casi duplicar en relación con lo que antes existiera. Díganlo si no, los que iban a caer inexorablemente bajo la al parecer inviolable vigencia de drásticas disposiciones inconsultas. Yo soy testigo de cómo desde su lecho de enfermo él personalmente

elaboraba el actual presupuesto de la Facultad que alcanza una cifra que nunca antes registrara. Y me consta cómo cuando por prescripción médica debía ausentarse de Bogotá, y someterse a un reposo absoluto, se llevaba bajo el brazo las tesis de grado que precisamente para esos días habían presentado algunos estudiantes, y que él —como era su deber— iba a estudiar aún enfermo y casi impedido, con el único fin de que los aspirantes a grado en esos días, no se perjudicaran, así sufriera él lo que sufriera. Y tengo que recordar también cómo abandonaba su reposo de tierra caliente y regresaba a esta altura, sólo porque no quería dejar sin su presencia en la dura prueba del examen final, a sus alumnos de Clínica Pediátrica. Y verlo ya enfermo, ya desgraciadamente grave, siempre pensando en la grandeza de la Facultad, con esa idea casi obsesiva que él llevaba de colocar a Medicina en una altura que era tan grande y tan excelsa como excelso y grande era su ideal.

En gracia de la brevedad debo callarme muchos actos que bien quisiera enumerar para poner de relieve aún más la gloriosa figura de nuestro Decano. Debo callármelos pero yo sé que los estudiantes los conocen y que en su sentimiento le están diciendo adiós al Profesor Iriarte con la misma tristeza con que se despiden los seres que ~~nos~~ llegan al alma.

Fue bueno y eso basta. Fue justo y eso es suficiente. Fue ecuanime, fue recto, fue leal y franco, fue amigo y bienhechor insomne de los estudiantes, dignificó nuestra Facultad, y estos atributos son ya más que suficientes para su gloria.

Hoy cuando lo vemos partir, sobrecogidos de pesar sincero, yo sé que mis colegas, todos ellos, lanzan un reproche al destino y sienten la amargura que dejan los seres que se pierden y que bien quisiéramos retener para siempre. Y sé que el deseo de los estudiantes, en esta hora aciaga, es que sea nuestro conocimiento emocionado el que labre su lápida y sea nuestro recuerdo agradecido el que grave la cruz de su tumba.

(Fdo.) *Carlos A. Vargas R.*,

Presidente del Consejo estudiantil hasta el 25 de marzo de 1944.

Señor José María Ramírez Moreno.*

Señor Ministro de Educación Nacional, señor Rector de la Universidad Nacional, señor Decano de la Facultad de Medicina, señor doctor Eduardo Santos, señoras, señores:

Ayer se cansó su corazón; su rostro bondadoso despidió de repente a la sonrisa, en la cámara augusta de su cráneo se apagó si-

lenciosa la inteligente luz de su mirada y se marchó para cumplir la gran cita.

Desde esta fúnebre tribuna se ha turbado el silencio del sarcófago con el póstumo elogio reverente y esta vieja monocromía del dolor, ha pretendido en vano robarle vida a la divina muerte. Pero la diosa triunfadora siempre, dice con abecedario fisiológico en Bichat que "LA VIDA ES LA MUERTE" y con patología elegante en THOMAS MANN que "LA VIDA ES UNA ENFERMEDAD INFECCIOSA DE LA MATERIA".

Hoy sólo asistimos a un episodio de la existencia del magnífico sembrador, cuya cosecha perpetuará su vida con las nuestras.

Nada empeció el vino de la enjoyada copa que traemos vacía. Fue tan noble y tan generoso ese vino que, sirvió para alegrar las cunas, amparar las infancias y nutrir las juventudes.

Desde este viernes, ángulo del tiempo en nuestra Escuela, vemos un paisaje dilatado y tranquilo que nos enseña, cómo la presencia en el tiempo, puede ser esta limpia trashumancia espiritual por las ubérrimas campiñas de la ciencia.

En la rápida fuga de la forma, MARCO A. IRIARTE carece de sentido y en ese mundo donde se invalida el nombre de la materia en la especie, MARCO A. IRIARTE se llama —varón íntegro— y mientras los gigantes pilares de su alma —voluntad e inteligencia, bondad y carácter— perforan la eternidad, mil voces extranguladas dicen: adiós gentil-hombre, buenos días maestro.